

SE REANUDA EL CONCILIO



Cardenal DOEPFNER



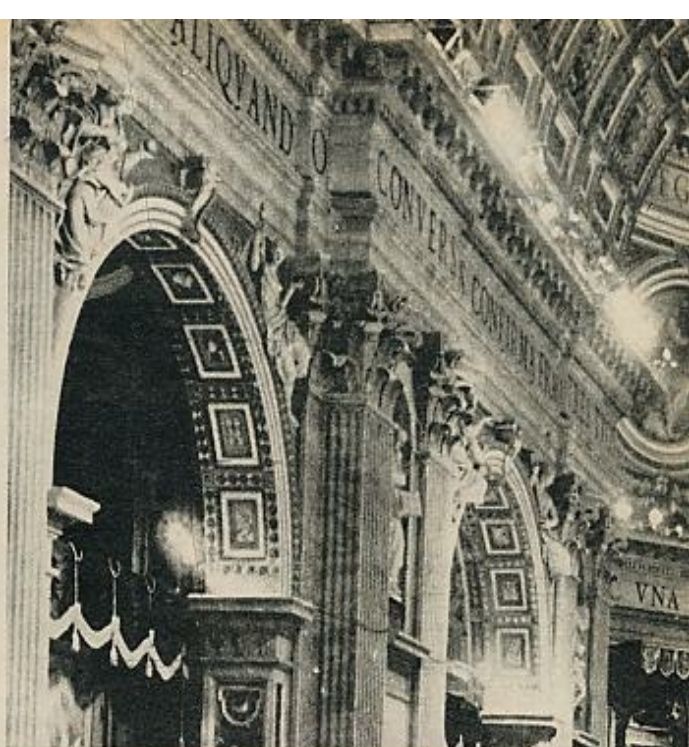
Cardenal LERCARO



Cardenal AGAGIANIAN

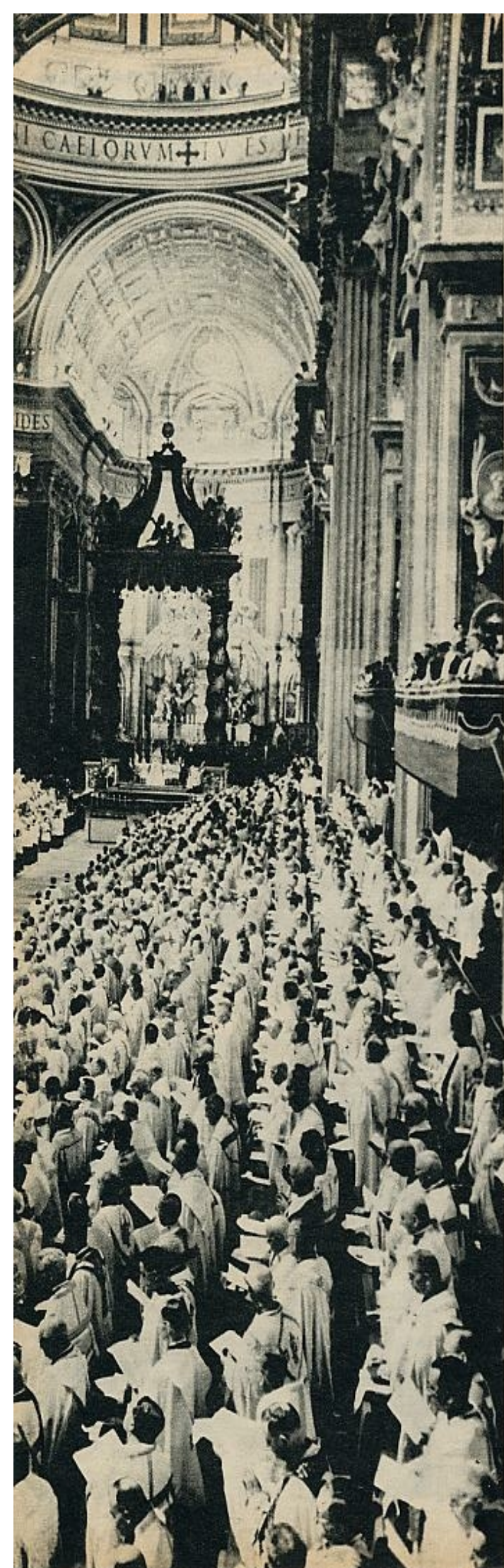


Cardenal SUENNENS



Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA





Se reanuda el Concilio. La Curia romana será reformada. Así lo ha anunciado Pablo VI. Por su parte, el arzobispo de Boston, cardinal Cushing, ha pedido una reforma de la propia legislación de la Iglesia. «Las necesidades de un tiempo no son las de otros», ha declarado, al fundamentar su propuesta.

HACE unos meses, cuando Pablo VI era sólo el Cardenal Montini, no tuvo inconveniente en señalar los defectos de la primera sesión del Concilio Vaticano II, celebrada a fin del año pasado.

Afirmó que el trabajo realizado era «heterogéneo y desigual», y requería una reducción y clasificación. Incluso llegó a señalar lo que nadie se atrevió a decir: que no había habido una autoridad que hubiese dirigido la estructuración «lógica y orgánica» de este «material inmenso», con «una idea arquitectónica que hubiera polarizado este considerable trabajo». La autoridad, en la primera sesión, fue una autoridad «solamente extrínseca y disciplinaria» que no consiguió el fruto esperado: eso dijo el Cardenal.

También Juan XXIII, ese hombre bueno, perspicaz (con esa perspicacia campesina que da la tierra, y no los libros) y valiente, que supo tomar totalmente en serio el Evangelio, confesó a sus familiares que el Concilio no había comprendido la idea suya al convocarlo. Y dijo que esto sólo ocurrió pocos días antes de terminar, cuando tres Cardenales: Lercaro y Suenens, eminentemente pastores, y Montini, un intelectual realista, inclinaron a los Padres conciliares a preocuparse por los angustiosos problemas de nuestro mundo.

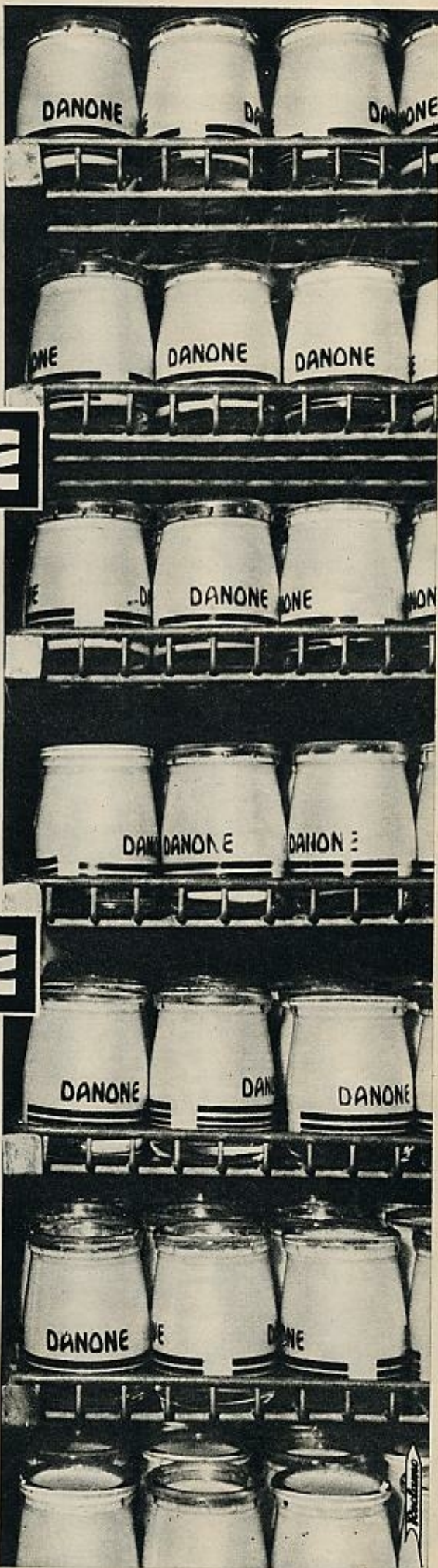
EL trabajo, difuso y un poco anárquico, recogido en la primera reunión del Concilio, ha sido abreviado y rehecho para conseguir que de los 60 esquemas previstos se hicieran 17 solamente, más prácticos y realistas.

Y no se crea que esto es desecho de los «avanzados», sino que los llamados «retrogrados» por algunos, como el inteligente Cardenal Siri, ha pedido que las determinaciones del Concilio, que con tanto anhelo se esperan de esta sesión, no estén redactadas en ese lenguaje duro y altisonante, muchas veces negativo, de otros Concilios, sino que se redacte en forma asquible y orientadora para el pueblo.

Pablo VI, por otro lado, ha querido evitar la falta de dirección de la fase anterior, y ha nombrado cuatro «moderadores» del Concilio, que dirigirán la marcha de las sesiones: un belga, con ideas propias sobre el apostolado moderno, Monseñor Suenens; un italiano, avanzado en el campo pastoral, el Cardenal Lercaro; un alemán, fogoso y realista, polemista contra el ala «conservadora», el arzobispo de Munich, Cardenal Doepfner, y un oriental de temperamento flexible, el Cardenal Agagianian. La elección no puede ser más significativa.

UNO de los temas más batallados en la anterior reunión, probablemente no se tratará en ésta: el problema de la Escritura Sagrada y la Tradición no escrita. No parece estar maduro para una decisión fecunda, aunque es de gran importancia para el futuro de nuestras relaciones con los protestantes. Sin duda se ha dado un gran paso para aclarar nuestras ideas sobre la importancia única de la Biblia, pero hace falta quizá trabajar más en ello.

Se comenzará, según se dice, por el esquema de la Iglesia, y por el de Liturgia. Ambos son básicos para cualquier otra discusión o reforma. Pero yo creo que los obispos del mundo, sin perjuicio de asesorarse de los teólogos y de las ideas corrientes en los manuales tradicionales de teología, tendrán un poco más de independencia respecto a estos esquemas e ideas preconcebidas.



Miles y
miles de
estos
envases
conteniendo
el riquísimo

YOGHOURT

DANONE

se elaboran
y distribuyen
diariamente
en todas las
latitudes del
globo.



YOGHOURT

DANONE

es la marca
internacional
con la más
extensa y
moderna red
de fábricas
automáticas
destinadas
única y
exclusivamente
a la
fabricación de
YOGHOURT



SE REANUDA EL CONCILIO



para inspirarse más ampliamente en el espíritu del Evangelio. Es lo que hizo Juan XXIII, y por eso sorprendió tanto al mundo: a los sencillos —creyentes o no— porque hablaba su mismo lenguaje, participaba de sus mismas preocupaciones y daba soluciones que todos podían aceptar con buena voluntad. En cambio, los teólogos siempre le miraron con recelo, aunque vieran con buenos ojos su «apertura». Así ocurrió, por ejemplo, con el famoso Padre Congar, O. P., cuyo artículo a la muerte del Papa fue bien significativo. Este fino teólogo, del ala «abierta», había sufrido mucho durante el pontificado de Pío XII, porque sus ideas (hoy comúnmente aceptadas por casi todos) parecían inoportunas o peligrosas: en tiempo de Juan XXIII pudo, sin embargo, volver a ejercer el apostolado de la palabra y de la pluma; pero siempre mostró cierto recelo a la fecundidad de un dirigente de la Iglesia como el popular Roncalli, que había afirmado, según dicen: «Cuando veo a un teólogo, es un poco como si me encontrase con un enemigo». Cuentan también que cuando un anglicano visitó al Papa le preguntó en seguida: «¿Es usted teólogo?»; a lo cual respondió el ministro de la Alta Iglesia de Inglaterra: «No»; y entonces, con satisfacción, le replicó el Papa: «Tanto mejor, yo tampoco lo soy». Porque realmente no era teólogo de la teología escolar, sino de otra más alta dictada por el espíritu del Evangelio, que es el amor a todos los hombres.

La encíclica «Pacem in terris» —esa carta abierta a todo el mundo, como la llamó el Cardenal Suenens—, fue su testamento para la nueva sesión del Concilio. Emprende con ella una nueva concepción del sentido que deben tener los documentos de la Iglesia. El Papa olvida los temas abstractos y teóricos, no adopta estilo altisonante alguno, y no mantiene tampoco la concepción de una Iglesia que lucha ante todo por sus derechos, al modo de una institución humana perseguida por el mundo. Su visión es más optimista y más profunda, al par que más realista. Cree en la fuerza del bien y de la verdad, más que en combatir al mal y al error; confía en los procedimientos de la no-violencia, como el Evangelio (que en esto ha sido tan olvidado por todos los cristianos), y no concibe más doctrina que la que dice relación con el amor sincero y real a los hombres de hoy, que son los que están próximos a él: son sus verdaderos «prójimos».

En esta encíclica —programa del futuro— el Vicario de Cristo, y cabeza de la Iglesia, entra de lleno en la angustia que aqueja al mundo de hoy, y nos da una pauta para que el Concilio sepa invitar a los cristianos (¿y por qué no también a todos los hombres de buena voluntad, como quería Juan XXIII en la «Pacem in terris»); pero sin sustituirse a ellos ni ejercer ningún clericalismo, a fin de que hagan algo serio por mejorar las estructuras del mundo.

¿Puede, el Concilio, dejar de dirigirse a una humanidad angustiada por el peligro de la guerra, en la que dos tercios de la misma no llegan a comer el mínimo vital, que está atemorizada por el vertiginoso incremento de población a razón de 50 millones anuales, que no tiene en su mayoría posibilidad de asistencia sanitaria, en la cual 250 millones de niños carecen de toda educación, y en la que surgen nuevas naciones sin medios de desarrollo suficientes para asegurar su futuro? Si la Iglesia quiere ser fiel al mensaje de amor de Cristo, no tiene más remedio que dar ideas de base, y organizarse a sí misma, en forma que los cristianos sean quienes más y mejor puedan contribuir a superar esta terrible angustia humana.

HAY que pensar que el Concilio hará declaraciones sobre los puntos que hoy se han barajado como más necesarios para una adaptación de la Iglesia al mundo presente. Todos deseamos que se aclare el papel del laico cristiano dentro de la propia Iglesia, y fuera de ella; que se lleve a cabo la reestructuración de la Curia romana, y se dé un papel más preferente a los episcopados de las distintas regiones del mundo; que se consiga una espiritualización, simplificación y adaptación de las leyes eclesiales a las realidades de nuestra sociedad; y se promueva una liturgia que sea comprendida por el pueblo y le eduque. De esta manera se habrá dado también un buen paso hacia la deseada unión de los cristianos.

Ya no hay que pensar, como en los pontificados anteriores, en una absorción de los demás grupos cristianos, consiguiendo la «conversión» de cada protestante u ortodoxo, haciéndole «cubrir de sus errores». Se trata de profundizar cada vez más en la Sagrada Escritura, para llegar a coincidir, no superficialmente, sino en profundidad. Es preciso que la Iglesia Católica abandone las posturas que a los hermanos separados les parecen ofensivas a su propia dignidad, y así prepararnos el terreno para un entendimiento común.

QUE orientaciones adoptará el Concilio sobre esos, u otros, puntos esenciales a la futura expansión de la Iglesia?

En el problema del laicado ha sido explícito Pablo VI al proclamar sus ideas en el discurso sobre la «hora de los laicos». Dentro de la Iglesia la voz del seglar tiene que ser más escuchada. No sólo porque él conoce mejor la realidad que le rodea, sino porque también le incumbe una misión religiosa insustituible. Algún arzobispo francés (quizá con expresión algo incorrecta teológicamente) ha llegado a decir que, en cierto modo, participa en el magisterio doctrinal. Quizá lo que ha pretendido afirmar es que el papel del seglar en cuestiones de fe no debe ser pura-

mente pasivo, como hasta ahora, sino activo y constructivo, aunque bajo la dependencia última del Papa y del episcopado mundial. «El pueblo cristiano es un seguro testigo de la fe», dice el P. Rouquette, S. J., y porque este pueblo ha creído una doctrina como de fe, antes que los teólogos, han podido ser definidos por la Iglesia algunos dogmas, como afirma nuestro teólogo Marín-Sola, O. P. Si no hubiese sido por esta fe popular, no se hubieran atrevido los Papas a considerar como maduras para su definición solemne algunas doctrinas, que sólo estaban implícitas en la Biblia, como ocurrió en los primeros siglos con la maternidad divina de la Virgen María, o con la Inmaculada Concepción y la Asunción, en los actuales.

Hasta el Concilio Vaticano I siempre habían asistido seculares a los Concilios, y habían hablado y colaborado en él, aunque la decisión estuviese en manos de los obispos. Y éstos se hacían una obligación grave en consultarlos. Ahora se vuelve a esta costumbre tradicional, nombrando algunos seculares como «auditores» en esta segunda sesión, y habiendo sido consultados, en este período preparatorio, sobre los esbozos de «Apostolado de los seculares» y de la «Presencia de la Iglesia en el mundo». Es un detalle poco conocido, que la presencia de auditores seculares en el Concilio se deberá a una propuesta del episcopado polaco en pleno, hecha hace tres meses.

La Acción Católica Obrera de Francia —liberándose de ese nefasto secreto con que se quiere rodear todo lo eclesial— ha publicado el trabajo que enviaron a la Comisión Coordinadora del Concilio. En él afirman que la misión del seglar en la Iglesia «no puede ser definida en razón de la penuria de clero», porque tiene una misión específica, «una responsabilidad de Iglesia, que consiste en anunciar a Jesucristo a sus hermanos, a su manera seglar y a su modo laico, por medio del testimonio de su palabra y de sus actos». Y se lamentan que «este aspecto todavía es poco comprendido».

También piden que sean una realidad las palabras del Papa actual en julio: «Que la Acción Católica sea obra propia de laicos, y «que sea capaz de tomar sus propias iniciativas y sus propias responsabilidades». Y esto tampoco ha sido bien comprendido a veces por la actual organización eclesial, de tal modo que algunos teólogos, como H. von Balthasar y Michel, quizá con exageración, han podido acusar a la Acción Católica de ser el último intento de «un clericalismo enmascarado».

Habría que preguntarse, sin embargo: ¿se amolda al deseo explícito de Pablo VI una Acción Católica cuyos dirigentes no son consultados ni siquiera cuando son renovados algunos de sus cargos? Se olvidan del espíritu que revela esa frase de un Santo Padre de los primeros siglos, recogida todavía en parte en el manual de consagración de presbíteros y obispos, por la que se afirma que es mejor que sean consultados quienes van a ser gobernados espiritualmente por él, porque mejor han de obedecer a quienes ellos aprueban, que a un desconocido. Y esto ocurriría en esos «atrasados» siglos con la selección de los candidatos que habían de ser clérigos u obispos.

LTRO caballo de batalla de estos últimos tiempos ha sido la necesidad de reforma de la Curia romana. Pero esto va a ser pronto un hecho, porque el Papa lo acaba de decir. La oficina central de la Iglesia deberá amoldarse más estrechamente a los criterios del Papa, intencionalizándose mucho más ampliamente, descentralizando parte de sus fracciones actuales, atendiendo las críticas que le dirijan y simplificando sus ceremonias y privilegios, ya en buena parte superados por la mentalidad moderna. Como son palabras del Papa nadie podrá ofenderse.

La legislación misma de la Iglesia necesita reforma, como lo han señalado el Papa anterior y éste.

Acaba de pedirlo el Cardenal Cushing, arzobispo de Boston, quizá una de las primeras figuras del episcopado norteamericano, diciendo: «La ley canónica es el resultado de las necesidades pastorales; pero las necesidades de un tiempo no son las de otros». Y propone, entre otras, estas reformas: en los matrimonios mixtos entre católicos y protestantes, que se supriman las promesas premaritales por las que el cónyuge protestante se compromete a educar a todos sus hijos en el catolicismo (en el cual el protestante no cree) «pues —como dice el Cardenal— son irritantes para muchos y algunos hacen las promesas de mala fe, como se deduce claramente de lo que ocurre después de casados». También pide que el Concilio suprima el Índice de libros prohibidos, y el procedimiento canónico correspondiente, por ser algo impráctico en la realidad, que proviene de una cultura distinta de la actual. Se trata más bien de acostumbrar al cristiano a reflexionar serenamente sobre lo que es inevitable que conozca, dados los actuales medios de difusión —cine, radio, televisión, periódicos, etc.—, que no a condenar lo que es imposible evitar el conocer.

TAMBIEN se tratarán probablemente temas que afecten a la unión de las iglesias, como el de la presencia de la Iglesia Católica en el Consejo Mundial de Iglesias (donde sólo están representados protestantes y ortodoxos). El Cardenal Léger, de Montreal (Canadá), cuando se reunió en julio esta Asamblea en su ciudad, dio una comida a medio centenar de participantes, y un teólogo católico, el padre benedictino Gregorio Baum, dijo en una conferencia de prensa que la Iglesia Católica Romana ha permanecido fuera de este Consejo Mundial por razones prácticas y pastorales y «no hay ningún obstáculo dogmático para que pertenezca al Consejo Mundial».

Otro problema que obsesiona mucho al pueblo es el de la riqueza —real o pretendida— del clero. Por eso, Monseñor Fulton Sheen ha declarado en Nueva York que piensa solicitar del Concilio que adopte una decisión acerca de la obligatoriedad, en el Clero, de aceptar una vida auténtica de pobreza, con todo lo que esto entraña, como, por ejemplo, el que las diócesis que son ricas ayuden a otras que sean más pobres.

LOS augurios son optimistas, aunque algunos quisieran volver atrás de la apertura que supone la postura de Juan XXIII. Ayer mismo, un importante eclesiástico me decía que Pablo VI era más prudente que el Papa Roncalli, y que había dado marcha atrás hacia Pío XI y Pío XII. Es lo mismo que señalaba un obispo norteamericano en julio último, cuando condenaba que «en la Iglesia se estaba infiltrando el espíritu laicista» y «un espíritu de compromiso evidente entre algunos teólogos y Padres conciliares». Pero Pablo VI ha desmentido totalmente ambos temores al impulsar «la edad adulta de los seculares», y la profunda reforma de la Curia, uno de los últimos reductos excesivamente conservadores de la Iglesia.

E. M. M.